

ROMANCES POPULARES DE EXTREMADURA

RECOGIDOS DE LA TRADICIÓN ORAL

Hace algún tiempo que teníamos proyectado publicar una copiosa colección de romances populares de esta región, en la que constasen todos los ejemplos al uso, es decir, los que—generalmente—se conservan por tradición entre el pueblo sencillo de Extremadura, rico tesoro que aún perdura, no obstante la acción demoledora de los gustos que por ahí llaman modernos. Mas la empresa de recopilar todos los asuntos con sus variantes, de cuya existencia sabemos hasta el momento, nos parecía—para nosotros—de difícil realización, ante la falta de oportunidad para llegar a los sitios donde nos pudieran proporcionar los materiales deseados. De ahí que nuestros proyectos, en cuanto a la cantidad y variedad, no alcancen en el presente las proporciones que en un principio abrigábamos. No obstante, creemos que en esta colección estén representados la mayoría de los temas e incluso sus variedades discursivas.

El fin que aquí perseguimos consiste principalmente en aportar materiales para el investigador y, por otro lado, divulgarlos entre el curioso lector que sienta impaciencias por conocer las muestras del saber popular de su tierra.

Debemos advertir que todos los ejemplos, salvo alguna excepción de que daremos cuenta, son inéditos, cuya música publicaremos en su día en el tomo II de nuestro «Cancionero Popular de Extremadura», obra que tenemos muy adelantada. Igualmente prevenimos que los textos van tal y como nos los dictaron.

La clasificación general la resumimos en dos grupos: tradicionales y vulgares, pudiéndose introducir los calificados como semi-tradicionales (término medio entre los primeros y los segundos), de cuya distinción prescindimos. Por unidad de asunto van incluidos algunos semipopulares entre los tradicionales, ingerencia que fácilmente sospechará quien leyere. Lo mismo acontece en el capítulo de los religiosos.

Sólo nos permitiremos exponer alguna nota aclaratoria y algún breve comentario, si a ello hubiere lugar, de acuerdo con las restricciones que nos proponemos, ya que el estudio definitivo queda reservado a los preparados en esta materia. Por la misma razón, sólo nos limitaremos a reseñar bibliográficamente cuanto respecta a Extremadura. Tomamos estas decisiones por no incurrir en lamentables lagunas, habida cuenta de no tener a nuestro alcance los materiales suficientes que pudieran conducir—más o menos—a completar su estudio y bibliografía; contando que muchos de estos romances han sido comentados por eminentes investigadores.

En cuanto a fonética, optamos por presentar la ejemplificación conforme a las grafías esencialmente castellanas (salvo los casos procedentes en que aparecen con particularidades de orden idiomático y dialectal), no ya por facilidad de lectura, sino porque al ya versado en estas lides que pudiera manejar los textos, no le interesan esos rasgos fonéticos—excluidos los que aquí constan por acusar relieve fonético, de acuerdo con su fisonomía comarcal—por cuanto los conoce de antemano. Con todo, nos hemos permitido, particularmente en las terminaciones de verso, suprimir algunas consonantes, como ss, rr y dd, que el pueblo omite, si bien no en su totalidad. Aunque no encierren un interés científico, mas sí ilustrativo, remitimos al lector a la página 13 de nuestro «Cancionero», donde encontrará varias observaciones que guardan relación con la presente obra.

La mayoría de los romances fueron recogidos por nosotros. Hemos prescindido de ciertas versiones—algunas de ellas incompletas—que no ofrecían variantes esenciales. De cualquier modo, el complemento de este trabajo lo encontrará el lector—cuando se

publique—en el tomo segundo de la ya mencionada colección y en una obra que, de carácter general, estamos preparando, dedicada a mencionar todos los romances de tema vario que se usan en las diversas regiones de España.

Terminamos este breve exordio dando las gracias a las personas de nuestras relaciones que nos han procurado algunos datos y ejemplos de romances, siendo aquéllas las siguientes, salvo omisiones que lamentaríamos:

Doña Isabel Gallardo, de Orellana la Sierra; D. José López Prudencio, D. Antonio Rodríguez Moñino y D. Manuel Muñoz Cortés, de Badajoz; D. Manuel Heurtado Muro y D. Tomás Martín Gil, de Cáceres; D. Daniel Bravo y D. Juan Luis Cordero, de Arroyo de la Luz; D. José V. Corraliza, de Villanueva de la Serena; D. Antonio Reyes Huertas, de Campanario; D. Joaquín Valdecantos, de La Madroñera.....

TRADICIONALES

Romance de origen bíblico

1

TAMAR.—I

1.—Almendral (Badajoz)

El rey moro tenía un hijo, más hermoso que la plata;
Trabajando en altas mares s' enamoró de su hermana.
Viendo que no podía ser, cayó malito en la cama
Con dolores de cabeza y una calentura mala.
Ha subido el padre a verlo: —¿Qué tienes, hijo del alma?
—Tengo una calenturita qu'el corazón me traspasa.
—¿Quieres que te mate un ave, d'esos que vuelan por casa?
—Quiero una taza de caldo, que me la suba mi hermana;
Quiero que suba ella sola, ella sola, sin compañía,
Porque si compañía trae soy capá de rechazarla.
Como era en el verano ha subido en nagua blanca.
L'ha cogido por la mano y a la cama la tiraba.
—Hermano, si eres mi hermano, no me quedes deshonorada,
Que mientras que padre viva quiero ser mujer honrada...
.....
—Has deshojado una rosa y has manchado un cristal fino,
Y ahora te van a poner en un tribunal divino.
Un día, sentada en la mesa, su padre la remiraba:
—¿Qué me miras, padre mío? —Hija, no te miro nada;
Las naguas te se levantan como si fueras casada.
A eso de los nueve meses un niño llora en su casa:
—No llores, niño chiquito; no llores, hijo del alma,
Que a tu madre la da pena que no seas de casada.

II

2.—Santiago de Carbajo (Cáceres)

El rey moro tenía un hijo que Pepito se llamaba;
 Navegando en altas mares s' enamoró de su hermana.
 No logrando su intención cayó malito en la cama
 Con dolores de cabeza y calenturillas mala.
 Ha subido el padre a verlo: —¿Qué tienes, hijo del alma?
 —Tengo una calenturilla que arrebatata con mi alma.
 —¿Quieres que te mate un ave d' esos que vuelan por casa?
 —Quiero una taza de caldo, que me la suba mi hermana;
 Si sube que suba sola, que no suba acompañada;
 Que si acompañada sube soy capá de rechazar-la.
 Como era tiempo verano ha subido en sayas blanca;
 Y al darle la taza e caldo, el muerto resucitaba.
 L'ha cagido de la mano, para dentro la llevaba;
 Y tapándole la boca y besándole la cara...
 —Por Dios te lo pido, hermano, y la Virgen Soberana,
 Qu' en una reunión de amigos quieras manchar a tu hermana.
 Al bajar las escaleras, con su padre s' encontraba:
 —¿Dónde vienes, hija mía, tan triste y desconsolada?
 —El granuja de mi hermano, ese pillo sinvergüenza,
 Por darle gusto a su cuerpo quería entrar en mi hacienda.

Bibliografía (1): «*Cancionero Popular de Extremadura*». Contribución al folklore musical de la región. Colección, estudio y notas de Bonifacio Gil García.

(1) Tenemos noticias de que el malogrado folklorista extremeño D. R. García-Plata de Osma insertó numerosos romances populares de Extremadura, y muy particularmente de su pueblo natal, Alcuéscar (Cáceres), en la *Revista de Morón y Bético-Extremeño* (Morón de la Frontera), publicación que aún no ha llegado a nuestras manos. Cuando nos sea dable consultarla, haremos un Apéndice a la Bibliografía extremeña, sobre cuyo punto nos proponemos completar en lo posible.

Centro de Estudios Extremeños. Badajoz, 1932. E. Castells, impresor. Valls, Cataluña. Tomo I., pág. 59, con el título de *Un rey moro*, versión de Alcuéscar (Cáceres).

Romance carolingio

2

LA INFANTA SEDUCIDA

3.—Santiago de Carbajo

Lisarda se paseaba por los altos corredore
 Con un vestido de seda que le llega 'los tacone.
 El conde, que la miraba, la retraía en amore:
 —Quisiera dormir, Lisarda, una noche en tus ardore.
 —Calla, conde, que soy niña y lo sabrán en la corte.
 Y a la mañana siguiente él en la corte decía:
 —Yo he dormido con la dama, la flor de la maravilla.
 Al otro día siguiente, cuando ya él solito sale,
 La sacaron de paseo cuatro primitos carnale,
 Y el hermano iba en el medio que le llaman Juan Rondale.
 —Quién tuviera un pajarito d'esos que pican el pan
 Para mandarle una carta al senol de Montearbán.

.....
 —Si lo coges paseando no lo dejes paseá.
 —Tome usted, conde, esta carta y al punto la leerá,
 Que a su querida Lisarda mañana la quemarán.
 —Que la quemen, que l'abrasen, a mí lo mismo me da;
 Lo que siento es lo del vientre que muere sin bautizá.
 Ha cogido su caballo y lo ha mandado herrá:
 Le han puesto las herraduras, lo de alante para atrá.
 Se ha montado en su caballo; vestido de cura va.
 Cuando él iba llegando la sacaban a quemá.
 —Alto, alto, caballeros, que la voy a confesá.
 Le ha contestado su madre: —Confesada viene ya.
 —Si ustedes me la entregasen, yo la supiera estimá.
 —Tómela usted, señor cura; se la puede usted llevá.

- L'ha montado en el caballo y ha empezado a caminar;
 Cuando ya iban llegando le ha empezado a preguntá:
 —¿Cuántos novios has tenido? Y ella pudo contestá:
 —Yo no he tenido más novio qu'el señol de Montearbán.
 —Ese señor es muy bueno. —Connigo lo ha hecho muy mal.
 —No lo ha hecho, no lo ha hecho, cuando en el caballo va.

Bibliografía: *Romances populares de la Sierra de Gata*, por Daniel Berjano. «*Revista de Extremadura*». Cáceres, año 1903, pág. 346.

«*Cancionero Pop. de Extre.^a*», ob. cit., pág. 33, con el epígrafe de *Luisarda*, versión de La Madroñera (Cáceres).

Romance histórico

3

LA BIEN CASADA

4.—Recogido por D. Antonio Reyes Huertas a un hombre del campo que reside en Acedera (Badajoz) y oriundo de Cabeza del Buey, de la misma provincia.

Por tierras de Extremadura entra el rey de Portugal:

—Yelves, (1) mi Yelves querido, que no te pude ganar; (2)
 Si el conde me tomó Yelves, su castillo he de tomar.

.....
 —Alto y noble caballero, pues sois rey de Portugal,
 Mirad que el conde, mi esposo, en el castillo no está.
 Este castillo lo guarda una mujer, nada más,
 Y, no estando mi marido, no es castillo, que es hogar.
 —Albergue aquí me daréis, como a rey de Portugal.

(1) Elvas, Portugal.

(2) Por sus rasgos eruditos, prescindimos de omitir las consonantes de que en el exordio hemos hecho mención.

- Albergue daros no puedo, pues mi marido no está;
 Y un rey jamás atropella del enemigo el hogar.
 —Castellana que me vence, ¿qué nombre os habré de dar?
 —Llamadme *la bien casada*, bien casada y nada más,
 Y si queréis otro nombre: *bien dichosa*, que es igual.

Es el único romance histórico de tema no castellano que del folklore extremeño poseemos, si bien—por sus rasgos académicos—no parece discurrir en el género de lo tradicional. El pueblo ha olvidado, por lo que vemos, los asuntos de índole histórica (al menos en esta región), romances que sin duda—a juzgar por otras provincias—se recitaron en tiempos anteriores.

Cabría clasificar este romance entre los fronterizos (aunque éstos encierren un capítulo histórico), dado que recuerda un episodio guerrero (y caballeresco) en un lugar de la frontera hispano-portuguesa; mas es sabido que aquéllos se refieren—en la clasificación al uso—a las luchas de fronteras entre cristianos y musulmanes.

Bibliografía: «*Luces de cristal*», de Antonio Reyes Huertas. Novela que por estos días (Junio, 1943) da a la luz el notable escritor costumbrista.

Romances caballerescos

4

EL CONDE OLINOS

5.—Arroyo de la Luz (Cáceres)

Mañanita, mañanita, mañanita de San Juan.
 Mientras mi caballo al agua, yo a la orillita del má;
 Mientras mi caballo bebe, yo me divierto en cantá:

«Mucha cebada t'he echado, pero más te pienso echá.»
 El rey que lo' estaba oyendo desde su balcón real...
 —Asómate, hija infanta, si te quieres asomá,
 Y verás la sirenita, la sirenita del má.
 —Esa no es la sirenita ni la sirena del má;
 Esos son los mis amores que me vienen a buscá.
 —Si esos son los tus amores, la muerte os pienso dá.
 Al otro día siguiente por los dos hacen señal:
 A ella qu'es hija del rey la entierran junto al altá;
 A él, por ser hijo de conde, un pòquito más atrá.
 D'ella ha salido un naranjo; d'él un fuerte limonal;
 Las ramas que se alcanzaban, besos y abrazos se dan;
 Y las que no se alcanzaban se jartaban de llorá.
 D'ella salió una paloma; y de él un pichón real.
 El rey, que se entera d'ello, los ha mandado cortá;
 Mas, como aves volantes, pasaron del mar allá.

Bibliografía: «*Música y poesía popular de España y Portugal*», de Kurt Schindler. Hispanic Institute. New York, 1941, pág. de los romances n.º 54, versión de Arroyo del Puerco (Cáceres), hoy Arroyo de la Luz.

«*Cancionero*», ob. cit., pág. 61, ejemplo de Santiago de Carbajo (Cáceres), con el título *El conde Flores*.

5

EL CONDE ALARCOS (fragmento)

6.—La Madroñera (Cáceres)

Retirada está la infanta, bien así como solía,
 Viviendo muy descontenta de la vida que tenía.
 Viendo que se le pasaba toda la flor de su vida
 Y qu'el rey no la casaba ni tal cuidado tenía,
 Entre sí estaba pensando a quién se descubriría.
 Acordó llamar al rey, como siempre hacer solía.

Vino el rey, siendo llamado, que no tardó su venida:
 Viéndola estar apartada, sin ninguna compañía;
 Su lindo rostro mostraba ser más triste que solía.

No hemos encontrado antecedente de este conocido romance en la bibliografía extremeña. (Cuando nada mencionemos, así se entenderá, naturalmente.)

6

EL CABALLERO BURLADO

7.—Campanario (Badajoz) *

El cazador va de caza, de caza, como solía (1);
 Lleva (2) los perros cansados, la caza no parecía.
 Se ha sentado a descansar debajo (3) una hermosa encina:
 El tronco era de oro; las ramas, de plata fina.
 En la cogolla más alta había una hermosa niña
 Que con su mata de pelo toda la encina cubría:
 —Buenos días, caballero. —Dios te guarde, hermosa niña (4).
 —No te asustes, caballero; no te asustes ni te aflija,
 Qu'en el vientre de mi madre me maldijo una tía mía.
 Tengo que andar siete años, sola, por estas campiña;
 Hoy los cumplo, caballero, a eso de la mediodía;
 Si me quieres aguardar, iremos en compañía.
 —¿Dónde quieres ir montada, en las ancas o en la silla?
 —En las ancas, caballero, para más honrita mía.
 Han andado siete leguas; palabra no se decían.
 Al andar las siete y media, la niña se sonreía:
 —De qué [te] ríes, mora bella? ¿De qué [te] ríes, mora linda?
 —Me río de tí, caballero; de tí y de tu cobardía.

* Consignamos aquí las variantes siguientes del mismo pueblo:

- (1) Cazador que vas cazando de caza, como solías;
- (2) Llevas...
- (3) Te pusiste a descansar al pié de...
- (4) Linda.

Vuelve p'atrás el caballo, que la espuela te se olvida;
 Las espuelas son de plata, y de oro las merecía.
 —Mi madre trabaja el oro; mi padre, la plata fina.
 Doy la vuelta a mi caballo, vuelta sí, por vida mía,
 Que se me quedó la espuela al pié de la Fuente Fria.
 —Vaya con Dios, caballero, que yo bien se la veía.
 Y entonces vió el caballero que era la Virgen María.

En Extremadura es muy poco conocido este romance, el cual nos dictó nuestro buen amigo D. Antonio Reyes Huertas. Posee giros de pura cepa extremeña, sin que queramos decir que sea originario de la región. Conócese su asunto en canciones de diversas naciones de América y Europa, incluyendo Portugal, donde está muy difundido. De España hemos visto versiones de Cataluña (Milá, *Romancerillo*); Arturias (J. Menéndez Pidal, *Viejos romances.....*) y Castilla (Cossío y Maza Solano, *Romancero pop. de la Montaña*).

Tiene puntos de contacto con el de *Los dos hermanos* (La cautiva o Moralinda). Desde luego es la nuestra una versión incompleta.

7

GERINELDO.—I

8.—Campanario

—Gerineldo, Gerineldo,	Gerineldito pulido,
Quién te cogiera esta noche	tres horas a mi albedrío.
—Como soy vuestro criado,	señora, os burláis conmigo.
—No me burlo, Gerineldo,	que de veras te lo digo.
—Pues, ¿a qué hora, señora,	se cumple lo prometido?
—Entre las diez y las once,	que mi padre esté dormido.
Dió tres vueltas al palacio	y otras tantas al castillo

- Y en la puerta de la infanta ha dado un fuerte silbido.
 —¿Quién ha sido el osado? ¿Quién ha sido el atrevido
 Que a la puerta de la infanta ha dado un fuerte silbido?
 —Soy Gerineldo, señora, que vengo a lo prometido.
 L' h'agarrado de la mano y en su cuarto l'ha metido.
 El rey, qu' estaba en sospecha, en el cuarto se ha metido
 Y los encontró durmiendo como mujer y marido.
 —Si mato a mi hija la infanta, quedo mi jardín (sic) perdido.
 Y ¿a Gerineldo?, tampoco, que le crié desde niño...
 Dejo entre los dos la espada, que les sirva de testigo.
 Barruntó la hoja fría, la infanta, y se ha estremecido:
 —Levántate, Gerineldo; levanta, querido mío,
 Que la espada de mi padre entre los dos ha dormido.
 —¿Por dónde me iré yo ahora que no sea conocido?
 —Metido por el jardín, cortando rosas y lirio.
 El rey, que estaba en sospecha, al encuentro le ha salido:
 —¿Dónde vienes, Gerineldo, tan triste y descolorido?
 —Una rosita temprana mis colores s'ha comido.
 —No me niegues, Gerineldo, que con la infanta has dormido.
 —No se lo niego, buen rey, mas yo la culpa he tenido.
 —No te mato, Gerineldo, que te crié desde niño;
 Os pondré en vuestro palacio como mujer y marido.
 —Tengo hecho juramento a la Virgen y a su Niño,
 De no casarme con dama con la cual haya dormido.
 —Y yo—contesta la infanta—, por la crú de mi abanico,
 Juré no casar con nadie como no fuera contigo.

II

9.—Puebla de la Calzada (Badajoz)

- Gerineldo, Gerineldo, Gerineldito pulido,
 ¡Quién te tuviera esta noche tres horas a mi albedrío!
 —Porque soy vuestro criado os queréis burlar conmigo.
 —No me burlo, Gerineldo, que de veras te lo digo.
 —¿A qué hora, gran señora, se cumple lo prometido?
 —Entre las doce y la una, que están mis padres dormido.
 Han dado las doce y media. Gerineldo se ha vestido
 Con zapatitos de seda para no ser conocido,
 Y a la reja de la infanta ha dado un fuerte silbido.

—¿Quién ha sido ese alevoso? ¿Quién ha sido el atrevido?

—No te asustes, gran señora, que es Gerineldo pulido;

Qu' es Gerineldo, que viene a cumplir lo prometido.

Y le h'abierto la ventana y en la cama le ha metido.

Empiezan a darse quejas como mujer y marido.

Y en el medio de las quejas, ambos se quedan dormido.

El rey, que lo sospechaba, al cuarto la infanta ha ido...

Puso su espada en el medio para que fuera testigo.

Con lo frío de la espada, la infanta se ha rebullido:

—Levántate, Gerineldo, que ya hemos sido cogido,

Pues la espada de mi padre entre los dos ha dormido.

—¿Dónde me iré yo, señora? ¿Dónde me iré yo, Dios mío?

—Vete al jardín de mi padre, a cortar rosas y lirio.

El rey, que lo estaba viendo, al encuentro le ha salido:

—¿Dónde vienes, Gerineldo, tan triste y descolorido?

—Vengo del jardín de usted, de cortar rosas y lirio,

Y las blancas azucenas mis colores se han comido.

—Mientes, mientes, Gerineldo; tú con la infanta has dormido;

Puse mi espada en el medio, que me sirvió de testigo,

Y no pudieras negar lo que mis ojos han visto.

—Máteme usted, gran señor; máteme usted, señor mío.

—No te mato, Gerineldo, que te cogí de muy niño...

Os pondré una casa aparte, como mujer y marido,

Para que podáis vivir con regalo y con cariño.

Bibliografía: *Romances populares de la Sierra de Gata*, por Daniel Berjano. «*Revista de Extremadura*», ya citada, 1903, págs. 341-2.

Revista de Filología Española, tomo VII. Madrid, 1920. «*Sobre geografía folklórica*». *Ensayo de un método*, de Ramón Menéndez Pidal. Variantes sueltas de algunos pueblos de Extremadura.

«*Un capítulo del Folklore guadalcanalense*», por «*Micrófilo*» (D. Juan A. Torres Salvador). Sevilla, 1891, páginas 93-7. (Mencionamos todo lo referente a Guadalcanal, por haber pertenecido dicho pueblo a la región

extremeña, habida cuenta de que los romances tradicionales, por su antigüedad— aun teniendo presente diversas transformaciones ulteriores—, han transcurrido en el medio ambiente de su primitiva distribución geográfica.)

«*Antología de poetas líricos castellanos*», tomo X. *Romances populares recogidos de la tradición oral*, con notas y observaciones de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, pág. 193. Madrid, 1900. Versión reproducida de la anterior (Guadalcanal).

«*Cancionero*», ob. cit., pág. 38, vn. de Huertas de Ánimas (Trujillo, Cáceres).

NOVELESCOS

Romances de ausencias

8

LA BODA ESTORBADA.—I

10.—Coronada de la Serena (Badajoz)

Cuando el conde don Valdivia se disponía 'casá,
 Buscaba 'la dama hermosa, chiquita y de poca edá.
 A los tres días de casado, el rey les mandó llamá.
 La princesa, como es niña, se ha parado a preguntá:
 —¿Por cuántos meses o días podéis estar por allá?
 —Por meses o días no cuentas, por años podéis contá;
 Si a los siete no he venido, princesa, puedes casá.
 Al hacer los siete años, que para ocho iban ya,
 Estando un día merendando, su padre la empezó 'hablá:
 —Princesa, ¿cómo no casas? —Padre, no piense usté tal;
 Que tengo carta en mi pecho, qu'el rey-conde vivo está.
 Si usté me diera licencia para salir a buscar...
 —¿Licencia me pides, hija? Tú te la puedes tomá,
 Porque la mujer casáda tiene esa libertá,

De buscar a su marido por donde quiera que va.
 Mandó hacer una esclavina para otro día marchá:
 Cuatro sastres la cosían, no la podían acabá.
 Ha montado en su caballo y ha empezado a caminá.
 Más oro llevaba encima que todita la ciudá.
 A la entradita de Cádiz a un pajecito vió ya:
 —Pajecito, pajecito, no me niegues la verdá:
 ¿De quién son esos caballos que sacáis a paseá?
 —Son del conde don Valdivia, que hoy su boda será.
 —¿Está muy lejos el pueblo? —Una legua poco má.
 Al poco que iba llegando venían de desposá.
 Sé acerca a pedir limosna, por Dios y la caridá.
 Se ha echado mano al bolsillo y de limosna dió un real:
 —Para tan gran caballero, poca limosna me dá;
 No lo hago por la limosna ni por lo que me has de dá:
 Lo hago por el anillo que llevas en el pulgá.
 El conde que oyó esto cayó al suelo mortal.
 —Romera, si eres de Roma, te quisiera preguntá:
 Si mi romera está muerta o está dispuest'a casá.
 —Tu romera no está muerta ni está dispuest'a casá;
 La romera que tú buscas, delante la tienes ya.
 —¡Oh, romera de mi vida, que me has venido a buscá;
 Fuistes mi primera esposa, contigo m'he de casá;
 La otra, por ser postrera, burlada se ha de quedá.
 La otra se sube al patio y al oirlo platicá:
 —Mujer, eres el demonio, me has venido a insultá.
 —Qu'el rey-cond' es mi marido y me lo vengo a llevá.
 Ha montado en su caballo, comenzando a caminá,
 Y el collar y los pendientes de besos y abrazos van.

II

11.—Hornachos (Badajoz)

Ya se publican las guerras por Francia y por Portugal;
 Nombraron al conde Airón por capitán general.
 La condesa, como es niña, todo lo echaba en llorá:
 —¿Cuántos años, cuántos meses, conde, estaréis por allá?
 —Si a los dos años no vengo, niña, os podéis casá.
 Han pasado los dos años, y el conde no vuelve acá.

Se vistió de peregrina y lo ha salido a buscá.
 H'andado siete reinados y no lo pudo encontrá.
 A la venida pa casa s'ha *contrado* una vacá:
 —Vaquerito, vaquerito, por la Santa Trenidá,
 Que me niegues la mentira y me digas la verdá:
 ¿De quién son estas vaquitas con tanto *yerro* y señá?
 —Estas son del conde Airón, que ya está para casá.
 —Toma estas dos onzas de oro, vaquerito, y ponme allá.
 Há pedido una limosna, y el conde la bajó a da.
 —¿De qué tierra es la romera? —Soy de Francia naturá.
 —Las hijas del conde Airón, vos me diréis cómo están.
 —Todas se quedaron buenas, pero con grande pesá...
 L' h' agarrado de la mano; la escalera arriba va.
 La que estaba de señora s'ha quedado de criá.

III

12.—Villanueva de la Serena (Badajoz)

Ya van a sacar la quinta, la quinta van a sacá,
 Y al vizconde se le llevan de capitán general.
 Llorar, ojos de condesa; llorar, ojos de cristal,
 Que al vizconde se le llevan de capitán general.
 La condesa, como niña, se ha parado a preguntá:
 —¿Cuántos días, cuántos meses podrás estar por allá?
 —No por días ni por meses: por años puedes contá;
 Si a los siete no he venido, condesa, te puedes casá.
 Han pasado siete años, corriendo los ocho van.
 Su padre la dijo un día: —Condesa, te puedes casá.
 —Padre, no diga usted eso; padre, no diga usted tal;
 Tengo una carta en mi pecho, qu'el vizconde vivo está.
 Padre, ¿me da usted licencia para yo irle a buscá?
 —Esa licencia, hija mía, tú te la puedes tomá;
 Que las mujeres casadas tienen esa libertá,
 De buscar a su marido por donde quiera que va.
 Se ha metido en una sala y ha principiado a llorá.
 Se puso un rico vestido, debajo un rico sedal;
 Se vistió de peregrina y comenzó a peregriná.
 Anda en billete en billete; anda en lugar en lugá.
 Se puso a orilla de un río, a la sombra de un nogal.

Vido de venir a un paje con mulitas a bañá:
 —Pajecito, pajecito, por Dios, dime la verdá:
 ¿De quién son esas mulitas que traes a paseá?
 —Del vizconde son, señora, que las bodas hoy se harán.
 —¿Qué distancia está la villa? —Una legua, corta, está.
 Llega, y pide una limosna; sale el conde y se la da:
 —Tienes ojos de condesa; no me lo puedes negá.
 Metió la mano en el bolso, y un real de plata la da.
 —No lo hago por la limosna ni por lo que podáis da;
 Lo hago por el anillo que en el dedo el medio está.
 El conde, cuando oyó esto, al punto cayó mortal.
 —Condesa, tú serás mía, que me has venido a buscá.
 Y tú, por ser la segunda, burladita quedará.
 —La carne que tengáis muerta, a los perros la he de echá;
 El pan que tengáis cocido, a los pobres se les da,
 Qu'el vizconde es mi marido y me lo vengo a llevá.

Bibliografía: «*Rev. de Extremadura*», 1903. *Roman-
ces popls. de la Sierra de Gata*, ps. 344-5 por D. Berjano.

«*Rev. de Filología Española*», trabajo citado del se-
ñor Menéndez Pidal. Numerosas variantes sueltas de
diversos pueblos de las dos provincias.

«*Cancionero*», ob. cit. Continuación del romance
Gerineldo, ya mencionado.

9

LAS SEÑAS DEL MARIDO.—I

13.—Torrejuncillo (Cáceres)

Estando la Catalina sentadita en el aurel
 Con los pies a la frescura viendo las aguas corré...
 Pasó por allí un soldado, un soldadito del rey.
 —Dios te guarde, Catalina. —Y a usted, militar, también.
 ¿Conoce usted a mi marido, que soldado es como usted?
 —Déme las señas, señora, que lo podré conocé.

—Un caballo blanco lleva, como ese que lleva usted;
 Y al lado derecho lleva las tres hojitas de aurel
 Y al lado izquierdo lleva todas las armas del rey.
 —Ese soldado, señora, días ha que muerto é;
 Yo me hallé en el testamento y en el entierro también,
 Y en el testamento queda que me case con usted.
 —No lo quiera Dios del Cielo ni lo consienta la ley:
 Tres hijas mozas que tengo, monjas las he de meté;
 Tres hijos mozos que tengo, vayan a servir al rey;
 Su padre murió en campaña, mueran sus hijos también.
 Al revolver el caballo vió las tres hojas de aurel:
 —Alegrarse, hijos míos, yo también me alegraré,
 Que vosotros tenéis padre y yo marido también.
 Y aquí se acaban las coplas de Catalina y Miguel.

II

14.—Garciaz (Cáceres)

Estaba la Catalina sentada en el verde aurel,
 Con los pies a la frescura viendo el agua corré.
 Pasó por allí un soldado, soldadito era del rey:
 —Buenos días tenga, dama, —Muy buenos los tenga usted.
 Si usted gusta de almorzá? —Buen provecho le haga a usted.
 —¿Conoce usted a mi marido? Soldadito es como usted.
 —Si usted me diera las señas, quizá le conoceré.
 —Al lado derecho lleva tres ramitos de laurel;
 Se los ha dado su padre con intención de volvé;
 Al lado izquierdo lleva todas las armas del rey.
 —Las señas que usted me ha dado, su marido muerto é,
 Y quedó en el testamento que me case con usted.
 —Oiga usted, señor soldado; no sea tan descorté:
 Ocho años l'he aguardado, otros tres le aguardaré;
 Si en ese tiempo no viene, a monja m'he de meté;
 Dos hijas mozas que tengo, consigo las llevaré;
 A un hijo mozo que tengo le diré que sirva al rey,
 Que, donde ha muerto su padre, que muera el hijo también.
 —No busques más tu marido porqu'está ahora a tus pié.
 Y se dieron un abrazo, un abrazo muy corté
 Y se fueron a su casa para nunca más volvé.

Bibliografía: «*Biblioteca de las tradiciones populares españolas*», tomo III (Sevilla, 1884). *Juegos infantiles de Extremadura*, por Sergio Hernández de Soto, página 89, fragmento de Zafra.

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS. Badajoz, Imprenta de la Diputación provincial. Tomo XIII, 1939, cuaderno I. Dos versiones con el título *La ausencia*, procedentes de Alburquerque y Almendral, págs. 104-5, que publicó Manuel Muñoz Cortés.

«*Cancionero*», ob. cit., pág. 54, con el mismo título, versión de Santiago de Carbajo (Cáceres).

10

LA MUERTE OCULTADA.—I

15.—Campanario (Badajoz)

Ya viene don Pedro de la guerra, herido,
 Y viene volando por ver a su hijo.
 —¿Cómo estás, Teresa, de tu feliz parto?
 —Yo muy bien, don Pedro; usted viene malo...
 Al salir del cuarto, muerto se caía;
 Se quedó su madre triste y afligida.
 —Le digo a mi suegra, la de siempre amiga:
 ¡Oh! ¿qué ruido es ese que anda en la cocina?
 —Te digo, Teresa, la de siempre amiga,
 Que es juego de naipes a la bien parida.
 Ya cumplió Teresa los cuarenta día;
 Se estaba vistiendo para ir a misa:
 —Le digo a mi suegra la mi siempre amiga:
 ¿Qué ropa me pongo para ir a misa?
 —Te digo, Teresa, la de siempre amiga:
 Ponte la de luto, que te convenía.
 Al salir de casa, la gente decía:
 —«La viudita honrada, la viudita linda.»
 Y entrando en la iglesia, los mozos decían:
 —«La viudita honrada, la viudita linda.»

Le digo a mi suegra, la de siempre amiga:
 —Aquellas razones, ¿por quién las decían?
 —Te digo, Teresa, la de siempre amiga,
 Que don Pedro es muerto; tú no lo sabías.
 —Sube a mis balcones, cierra mis cortina.

II

16.—Santiago de Carbajo

Ya viene don Pedro de la guerra, herido,
 Y viene volando por ver a su hijo.
 —Apíertame, madre, estas cinco herida;
 quiero entrar a ver la recién parida.
 —¿Cómo estás, Teresa, de tu primel parto?
 —Bien estoy, don Pedro, si no vienes malo...
 —Acaba, Teresa, con esas razones,
 que m' está esperando el rey en la corte.
 Al salir del cuarto, muerto se caía.
 Llamé yo a mi suegra, la mi siempre amiga:
 —Dígame, mi suegra, la mi siempre amiga:
 ¿Qué voces son esas que hay en la cocina?
 —Son por tí, mi alma; son por tí, mi vida;
 Son juegos de cañas porque estás parida.
 Al oír campanas, ¡cómo repenican!
 Llamé yo a mi suegra, la mi siempre amiga:
 —Dígame mi suegra, la mi siempre amiga:
 ¿Qué sayas me pongo para ir a misa?
 —Las negras, mi alma; las negras, mi vida;
 Las negras, mi alma, que te convenían.
 Al *sali* a la calle todos me decían:
 «La viudita honrada, la viudita linda.»
 Me marché a mi casa triste y afligida
 Y llamé a mi suegra, la mi siempre amiga:
 —Dígame, mi suegra, la mi siempre amiga:
 Aquellas razones ¿por quién se decían?
 —Por tí, la mi alma; por tí, la mi vida;
 Que don Pedro es muerto, y tú no lo sabías.
 —Si don Pedro es muerto, yo no lo sabía,
 Cierren mis ventanas, corran mis cortina.
 De un triste desmayo murió afligida.

III

17.—Villanueva de la Serena

Ya viene don Pedro, don Pedro ha venido;
 Viene de la guerra, viene malherido.
 —Cúreme usted, madre, estas cinco herida,
 Que me voy a ver la recién parida.
 —¿Cómo estás, Teresa, de tu feliz parto? .
 —Yo muy bien, don Pedro, si usted viene malo...
 —Acaba, Teresa, con esas razones,
 Que m' está esperando el rey en su corte.
 Al salir del cuarto don Pedro expiró.
 ¡Jesús, qué penita! ¡Jesús, qué dolor!
 —Suegra, la mi suegra, la de siempre amiga,
 ¿Qué es ese ruido que anda en la cocina?
 —Por tí, mi Teresa; por tí, vida mía;
 Al juego de caña porqu' estás parida.
 —Suegra, la mi suegra, la de siempre amiga,
 Las campanas tocan; doblan, no repican.
 —Por tí, mi Teresa; por tí, vida mía;
 Las campanas tocan porqu' estás parida.
 —Suegra, la mi suegra, la de siempre amiga,
 ¿Qué saya me pongo para ir a misa?
 —Nuera, la mi nuera, la de siempre amiga,
 Te pondrás la negra, que te convenia.
 Al entrá en la iglesia la gente decía:
 «La viudita honrada, la viudita linda.»
 Se vino a su casa triste y afligida.
 —Aquellas razones ¿por quién las decían?
 —Por tí, mi Teresa; por tí, vida mía;
 Que don Pedro es muerto, y tú no lo sabía.
 —Si don Pedro es muerto y yo no lo sabía,
 Ciérrense mis ventanas, de luto mis cortina.
 De un triste desmayo murió de afligida.

Bibliografía: *Música y poesía popular de España y Portugal*, ob. cit., pág. de romances 63, versión de Cáceres.

«*Folklore frexnense y bético-extremeño*». Fregenal de la Sierra, 1882-85, con el título de *Don Pedro*. Una de Zafra, págs. 129-30, de Sergio Hernández de Soto, y otras de Badajoz y Montánchez (Cáceres), págs. 181-2, de Antonio Machado Alvarez.

«*Revista de Extremadura*», ya citada. Año 1903, página 538. *Romances y canciones*, por Leoncio Bejarano, vn. de Belvis de Monroy (Cáceres).

«*Antología*», tomo X, ob. cit., de D. Marcelino Méndez y Pelayo, n.º 13, pág. 177, vn. de Zafra, reproducción del «*Folklore frexnense*».

«*Cancionero*», pág. 45, vn. de Villanueva de la Serena, titulada *Don Pedro*, como las anteriores.

11

MAMBRÚ

18.—Badajoz

En Francia nació un niño, hermoso de verdá.
 Por no tener padrino, Mambrú se fué a llamá.
 Mambrú se fué a la guerra, no sé cuándo vendrá;
 Si vendrá por la Pascua o por la Navidá.
 Ha pasado la Pascua, también la Navidá.
 Por allí viene un paje: ¿qué noticias traerá?
 —Las noticias que traigo: Mambrú no viene ya;
 Que Mambrú ya se ha muerto, lo llevan a enterrá
 Con caja terciopelo, la tapa de cristal
 Y en medio de la tapa un pajarito va,
 Cantando el pío, pío, el pío, pío, pan.

Bibliografía: «*Biblioteca de las tradiciones*», obra citada, tomo III. *Juegos infantiles*, por Hernández de Soto, págs. 89-90, ej. de Alange.

Romances de infidelidades

12

LA ESPOSA INFIEL.—I

19.—Santiago de Carbajo

Esta calle está enramada con ramos de toda fló;
 No l'ha enramado escribano ni tampoco labradó,
 Que l'ha enramado don Carlos, hijo del emperadó.
 Con la guitarra en la mano, esta coplita m'echó:
 «Quisiera dormir contigo una noche, Blanca Fló.»
 Yo le contesté amorosa: —Ahora tienes la ocasión:
 Don Alberto está cazando en los montes de León;
 Que de la peña más alta, caído lo vea yo;
 Cuervos le saquen los ojos y águilas el corazón;
 Los perros de su cazada lo traigan en procesión.
 Y estando en estas y otras, don Alberto que llegó.
 —Ábreme tú, Blanca Nieves; ábreme tú, Blanca Fló,
 Que te traigo un ciervo vivo de los montes de León.
 Y al bajar las escaleras ha mudado de coló;
 Y, al tiempo de abrir la puerta, la vela se le apagó.
 —¿Qué te pasa, Blanca Nieves? ¿Qué te pasa, Blanca Fló?
 O te ha dado calentura o me has armado traición.
 —Ni me ha dado calentura ni te he armado traición;
 Que reñí con la criada, que las llaves me perdió.
 —No te apures tú por eso, prenda de mi corazón;
 Si las llaves son de acero, de plata las haré yo;
 El herrero está en la fragua y el platero en el mesón.
 ¿De quién es aquella sombra que veo en el corredó?
 —Máteme usted, don Alberto, que l'he armado traición.
 —No te mato, Blanca Nieves; no te mato, Blanca Fló;
 Que te mate Dios del Cielo, supuesto que te crió.
 L'ha cogido por la mano y a su padre la llevó:
 —Aquí tiene usted a su hija; enséñela usted mejó.
 —Ensénala tú, mi yerno, qu'enseña te la dí yo.
 —Pues me ha salido una pieza, d' esas de rarea mayó.

II

20.—Garciaz

Mañanita, mañanita, mañana de San Simón;
Hallé mi puerta enramada con ramitos de trebol;
No me l'ha enramado un sastre ni tampoco labrado:
Que me la enramó don Carlos, hijo del emperadó.
Con la guitarra en la mano esta copla me cantó:
«¡Oh, quién dormiera contigo una noche de primó!»
—Ven a dormir, caballero, que ahora tienes la ocasión:
Que don Alberto fué a caza a los montes de León.
Yo no lo espero ésta noche; merienda y cena llevó.
Cuervos le saquen los ojos y águilas el corazón;
El caballo que montara se le muera e torozón,
Y los perros que él llevara le traigan en procesión.
Estando en estas palabras, don Alberto que llegó:
—Ábreme, mi Blanca Nieves; ábreme, mi Blanca Fló,
Que traigo una cierva herida de los montes de León.
Al bajar por la escalera se l'h' apagado el velón;
Mas, al abrirlle la puerta, se ha mudado de coló.
—¿Qué tienes, mi Blanca Nieves? ¿Qué tienes, mi Blanca Fló?
¿Te ha dado una calentura o me has armado traición?
—Siento que se me han perdido las llaves del corredó.
—Si las llaves son de yerro, de plata las haré yo:
El herrero está en la frágua y el platero en el mesón.
Estando en estas palabras, el caballo relinchó:
—¿De quién es ese caballo qu'en la cuadra oigo yo?
—Tuyo, tuyo, don Alberto; mi padre te lo envió,
Pa que fueras a la boda de mi hermana Leonó.
—Dios se lo pague a tu padre, que caballo tengo yo.
¿De quién es aquella sombra que anda por el corredó?
—Mátame tú, don Alberto, que yo t'he armado traición.
L'ha pegado una estocada, l'ha pasado el corazón.
Entre dos platos de postre a su padre le mandó:
—Tío, ahí tiene usté a su hija: enséñela usté mejó.

III

21.—Villanueva de la Serena

Mañanita, mañanita, mañanita San Simón;
 Estaba una señorita sentadita en su balcón,
 Tan peinada y tan lavada y el pelo a su afetón.
 Pasó p'allí un caballero, hijo del emperadór:
 —Quién durmiá contigo, luna; quién durmiá contigo, sol.
 —Entre usted, caballero, seguro una noche o dó.
 Mi marido está de caza a los montes de León.
 Para que no venga presto le echaré una maldición:
 «Cuervos le saquen los ojos; águilas el corazón;
 Los perros de mi ganado le traigan en procesión.»
 —¿Dónde pongo mi caballo? En la cuadra le metió.
 —¿Dónde pongo mi escopeta? En el rincón la colgó.
 —¿Dónde pongo mi ropaje? En la percha lo colgó.
 —¿Dónde pongo mi carita? En la cama la metió.
 Estando en estas razones, su maridito llegó:
 —Ábreme la puerta, luna; ábreme la puerta, sol;
 Que te traigo un león vivo de los montes de León.
 Al bajar por la escalera, ella mudó de coló.
 —O te ha dado calentura o tú tienes mal de amó.
 —Yo no tengo calentura ni tampoco mal de amó:
 Se me han perdido las llaves de tu rico comedó.
 —Si las llaves son de hierro, de plata las hago yo;
 Que el herrero está en la fragua y el platero en el mesón.
 Estando en estas razones, para su percha miró:
 —¿De quién es ese ropaje que en mi percha veo yo?
 —Tuyo, tuyo, marío mío, que mi padre te lo dió,
 Pa que fueras á las bodas de mi hermana la menó.
 —Viva tu padre cien años, que ropaje tengo yo;
 Y cuando no lo tenía, tu padre no me lo dió.
 Estando en estas razones, para un rincón miró:
 —¿De quién es esa escopeta que en el rincón veo yo?
 —Tuya, tuya, marío mío, que mi padre te la dió,
 Para que fueras de caza a los montes de León.
 —Viva tu padre cien años, que escopeta tengo yo;
 Que cuando no la tenía, tu padre no me la dió.

Estando en estas razones, el caballo relinchó:
 —¿De quién es ese caballo que en mi cuadra veo yo?
 Tuyo, tuyo, marío mío, que mi padre te lo dió,
 Para que fueras de caza a los montes de León.
 —Viva tu padre cien años, que caballo tengo yo;
 Que cuando no lo tenía, tu padre no me lo dió.
 Estando en estas razones, para la cama miró:
 —¿De quién es esa carilla que en mi cama veo yo?
 —¡Perdóname, marío mío, que t' he jugado traición!
 L' h'agarrado de la mano y a su padre la llevó:
 —Crieme usté esta niña; eríemela usté mejó;
 Cuando esté mejor criada, juego me lá llevaré yo.
 —Llévatela, yerno mío, que la Iglesia te la dió.
 L' ha cogido de la mano y a los montes la llevó.
 La pegó unos cuatro tiros al lado del corazón.
 A la una murió ella y a las dos murió el señó:
 Luego ha tenido la culpa el hijo del emperadó.

Bibliografía: «*Revista de Extremadura*», ya citada.
 Año 1903, pág. 340, por Daniel Berjano, vn. de la Sierra
 de Gata.

«*Folklore frexnense*», rev. cit., pág. 171, vn. de Gua-
 dalcanal que más tarde publicó su recopilador («*Micró-
 filo*») en el «*Folklore guadalcanalense*», ob. cit., pági-
 nas 75-8, y que a su vez reprodujo el Sr. Menéndez y
 Pelayo en su «*Antología*», págs. 180-1.

«*Cancionero*», pág. 36, ej. de Campanario.

13

EL RONDADOR AFORTUNADO

22.—Arroyo de la Luz

Saliéndome a paseá con mi gusto y mi guitarra,
 ¿Dónde la vine a templá? En la puerta e una casada.
 —Ábreme aquí, casadita, casadita de mi alma.

—Yo no puedo abrir a nadie; no está mi marío en casa;
 Tengo las puertas de quicio, qu' en abriendo rechinaban;
 Tengo la perra parida, qu' en oyendo gente ladra;
 Tengo la criada parloná, que tanto ve, tanto habla.
 —A la perra echarle pan; a los quicios echar agua;
 A esa criada parloná le daremos una enagua.
 Tanto le vino a decí, que le h' abierto la casada.
 Estando en estas razones, el marío a la puerta llama:
 —¿Dónde le metería 'usté? Debajo de la mi cama.
 A eso de la media noche se ha salido de la sala.
 —¿Qué 's aquello, mujer mía, que anda por la nuestra casa?
 —El gato de la vecina, que anda tras de la gata.
 —En mi vida he visto yo gato con sombrero y capa;
 En volviéndolo yo a vé le tiraré con la tranca.
 —No lo mates, marío mío, que nos hace mucha falta:
 A tus hijos los mantiene, y a tu mujer viste y calza.
 —Quién te pudiera ver en el medio de la plaza
 Con cien cargas de raíces y otras tantas de retama,
 Y yo, con el badilito, arrimándote las ascua;
 Y quién te pudiera ver en el medio de una sala
 Con los pies amarillentos y la nariz afilada,
 Y los curas a tu puerta cantándote el «venga y vaya».

Bibliografía: «Cancionero», pág. 130, ej. de Garciaz,
 con el título *Estándome levantando*.

LA ESPOSA BEATA. — I

23.—Garciaz

Levantándome yo un lunes, un lunes por la mañana,
 Mientras mi marido almuerza, mi mantillina buscaba;
 Mientras mi marido monta, mi nueva vida buscaba,
 Y me fui hacia el conventillo que San Francisco le llaman,
 Y tiré del cordelillo: me respondió la campana.
 Ha venido fray Miguel, deja de comer y salta,

A ver qué se le ofrecía a la hermana que llamaba:
 Ya trataron de almorzar chocolate y rebanada,
 Y para sobrecomida, aceitunas sevillana.
 Al salir del conventillo, con su marido encontraba:
 —¿Dónde vienes, mujer mía, tan temprano y de mañana?
 —Yo vengo de San Francisco, de oír la misa de alba.
 Con un palito d'encina las costillas le sobaba.
 —Acudir, vecinas mías, que mi marido me mata.
 —Que te mate o no te mate, no seas tan franciscana.
 Quién te viera, mujer mía, en el medio de la plaza,
 En una hoguera encendida, en el medio de las llama.

II

24.—Arroyo de la Luz

Me levanté muy temprano y un lunes por la mañana.
 —Levanta, marido mío, que viene saliendo el alba.
 Mientras mi marido viste, el almuerzo le prepara;
 Mientras mi marido almuerza, la burrita le prepara;
 Mientras mi marido monta, la varita le prepara.
 Después que se fué el marido, se ha metido en la sala.
 Se ha lavado, se ha peinado y al espejo se mirara;
 Se ha puesto basquiña negra con muchas medias calada.
 Se ha ido a la portería. Tres golpes pequeños daba.
 Ha salido ya el portero: —¿Qué se le ofrece a usted, dama?
 —Yo no llamo al portero, que yo al guardián llamaba.
 L'ha metido para dentro; mandóla que se sentara.
 Le ha dado un buen meneo con una pata de cabra.
 —Si no queda usted conforme, venga usted por la mañana.
 En el medio del camino, a su marido encontraba:
 —¿Dónde vienes, mujer mía, tan compuesta y tan bizarra?
 —Vengo de misa del primo, que se le dice mañana.

15

EL GRAN FRANCÉS (La adúltera)

25.—Arroyo de la Luz

—¿Quién d'a mi puerta a estas horas? Yo no me levanto' abrí
 —El gran francés soy, señora, a quien le sabes abrí.

—Levántate, mi criada; levántate y vete 'abri.
 —Levántese usté, mi ama, que con usté v' a dormí.
 Se levantó en sayas blancas, justillo de carmesí.
 Al desatrarcar la puerta se le h' apagado el candil.
 —¡Quien h' apagado mi luz, me quiere muy mal a mí!
 L'ha cogido de la mano, se l'ha llevado al jardín;
 Le ha lavado pies y manos con hojas de toronjil.
 L'ha cogido de la mano, se l'ha llevado a dormí.
 A eso de la media noche, estas palabras le oí:
 —¿Qué tiene mi buen francés, que no suele ser así?
 Si le teme a la justicia, mi padre es el aguacil;
 Si le teme a mi marido, está muy lejos de aquí.
 —Ni le temo a la justicia, ni a tu padre el aguacil,
 Ni tampoco a tu marido, que lo tienes junto a tí.
 —Pícara lengua mía, ¿qué te has dejado decí?
 —Gargantillas coloradas, niña, tengo para tí.
 Ya puedés rezar el credo, que pronto vas a morí.

Bibliografía: «Cancionero», pág. 60, vn. de Almen-
 dral (Badajoz).

Romances de tragedias domésticas

16

LA MALA SUEGRA (asonante: á)

26.—Villanueva de la Serena

Carmela se paseaba a las orillas del má,
 Con los dolores del parto, que no podía pará.
 —¡Oh, quién amara mi tierra; quién fuera a parir allá,
 Al palacio de mi padre; oh, quién fuera a ese lugá!
 Y su suegra la responde: —Cuan[do] quieras puedes marchá,
 Que cuando venga don Pedro, yo le pondré de cená
 Y también la ropa blanca, si se quiere remudá.
 A la noche vino Pedro y comenzó a preguntá:

—¿A dónde está mi Carmela, la prenda qu' estimo má?
 —Mucho la queréis, don Pedro, y ella no te quiere nã.
 Se ha ido a parir con su madre y nos ha tratado muy mal;
 A mí me trató de tuna, y a tí, hijo de un rabadán.
 —Le prometo a mi caballo (sic) me las tiene que pagá.
 Montó Pedro en su caballo, y por Carmela se va.
 Dió dos vueltas a palacio y no ha encontrado la entrã;
 A las dos vueltas y media a su suegra encontró ya.
 —Noticias te doy, don Pedro; noticias te vengo a dá:
 Que mi hija Carmelita un infante tiene ya.
 —Que le tenga o no le tenga, ella no le ha de criã;
 Dígala usted que se baje, antes que yo suba allá.
 —Madre, ¿y ese es mi marido? ¡La muerte me viene a dá!
 Al bajar por la escalera, volvió la vista hacia atrã.
 —Madre, tome usted este niño y démelo usted a criã;
 No se le dé usted a mi suegra, porque me le v' a matã;
 Pues cuando a su nuera mata, a su nieto ¿qué será?
 Ya han andado siete leguas, sin una palabra hablã.
 Carmelita h' hablado ya:
 —Las flores blancas del campo ya se ponen colorã;
 Las ancas de tu caballo ya se las puedes limpiã.
 Confesión quiero, don Pedro; yo me quiero confesã.
 —Más alante hay una ermita, y allí te confesarã.
 —Ah, malhaya tales madres que tales consejos dan;
 Ah, malhaya tales hijos que se los quieren tomar.
 Cuando vuelvas a tu casa, a tu madre encontrarás
 Colgadita del humero, más negra que un cordobã.

Bibliografía: «Cancionero», pág. 48, del mismo punto, con el título de *Doña Arbola*.

17

LA MALA SUEGRA (asonante: a-e)

27.—Del mismo pueblo

Carmela se paseaba por una salita alante,
 Con los dolores del parto, qu' el corazón se le parte.
 —¡Oh, Dios mío!, quién tuviera una ermita en aquel valle,

Y por compañía tuviera al mismo Dios y a su Madre.
 Y su suegra la consuela: —Vete a parir con tu madre,
 Que cuando venga don Pedro, yo le pondré de cenare
 Y también la ropa limpia, si se quiere remudare.
 A la noche vino Pedro y comenzó a preguntare:
 —¿A dónde está mi Carmela? —Se ha ido a parir con su madre;
 Nos ha tratado de tunos, hasta el último remate.
 Montó Pedro en su caballo y una silla por delante.
 —Bien venido seas, Pedro; ya tenemos un infante;
 Del infante gozaremos; de Carmela no se sabe.
 —Levántate, Carmelita. —¿Cómo quieres que me levante?
 De tres horitas parida no hay quién pueda levantarme.
 —Levántate, Carmelita; no vuelvas a replicarme.
 Montó Pedro en su caballo y Carmela por delante.
 Han andado siete leguas, sin una palabra hablarse.
 —¿Cómo no me hablas, Carmela? —¿Cómo quieres que te hable?
 De tres horitas parida no hay mujer que se levante (sic).
 —Confiésate a mí, Carmela; yo se lo diré 'algún fraile,
 Que detrás de aquella ermita tengo pensado matarte.
 Respondió el niño tierno: —¿Por qué mata usted a mi madre?
 —Por un falso testimonio que han querido levantarme.
 Al llegar a la ciudad, las campanas repicaren.
 —Quién se ha muerto, quién se ha muerto? —La condesa de Oli-
 Respondió el niño, tan tierno, que daba ansia escucharle: [vare.
 —No se ha muerto, no se ha muerto, que l'ha matado mi padre.

Bibliografía: «*Revista de Extremadura*». Año 1903,
 versión de la Sierra de Gata, por Daniel Berjano.

EL "MAL PARTO

28.—Oliva de Mérida (Badajoz)

Una señorita, del mandil de seda;
 Con su pelo barre, con sus ojos riega;
 Sola se v'a misa; sola se confiesa.

Vino su marido, que se va con ella.
A los nueve meses un doló le traviesa.
—Marido, marido, si bien me quisiera...
A la madre mía, a llamarla fuera;
Aunque está muy largo, quizá se viniera.
Cogió su caballo; empezó a caminá,
En busca e su suegra, que do legua está.
—Levántate, suegra, del dulce dormí,
Que la lú del día ya quiere vení.
—Espérate, yerno, triste a la puerta,
Qu' estoy preparando las ricas envuelta
Y el tarro de miel y el de la manteca.
Y se fué a su pavá; cogió el mejor pavo.
Y fué al gallinero; cogió el mejor gallo.
Y se fué a la cuadra; cogió su caballo.
En mitá el camino, campanas doblaban,
—Vaquero, vaquero, que guardas las vacas:
Esas campanitas, ¿por quién las doblaban?
—«Por una señora, del mandil de seda;
Con su pelo barre, con sus ojos riega;
Sola se v'a misa; sola se confiesa.»
Al entrá el marido a ver a su esposa,
Salen las mocitas de ponerle rosa.
Al entrar la madre a ver a su hija,
Salen las mocitas de ponerle cinta.

Bibliografía: «*Revista de Extremadura*», ob. citada, página 538. Año 1903, tomo V, vn. de Belvis de Monroy (Cáceres), por Leoncio Bejarano.

19

LA INFANTICIDA (El lancero)

29.—Navalvillar de Pela (Badajoz)

Esto era un guapo lancero, casado con una dama;
La dama tenía un hijo, más hermoso que la plata.

Todo lo que la madre hacía, al padre se lo contaba:
 —Padre, mire usted, aquí entra un galán en la casa
 Y se acuesta con mi madre en cama muy regalada;
 Fajhumada con romero, lavada con agua clara.
 El padre, como era un niño, todito lo echaba en chanza.
 Se l' h' antojado un viaje de Sevilla a Triana.
 Mientras el padre de viaje, la lengua ' raíz le arranca
 Y se l' ha echado a un perrito, que tras de la puerta estaba,
 Y del cuerpo de aquel niño la cena al padre aviara.
 Viene el padre de viaje, por el niño preguntaba.
 —Come tú tranquilo, come, qu' el niño en la calle anda;
 Como es chiquito y bonito, no sabe venir a casa.
 Al empezar a comer, la carne en el plato habla:
 —Detente, padre, detente; no comas de tus entraña,
 Que a la picara mi madre merecía degollarla.
 Se ha retirado la dama; se retiró pa la sala,
 Llamando el pecado a voces que viniera por su alma.
 Las campanas del infierno por la madre repicaban;
 Las campanas de la gloria—
 por el padre, por el hijo,
 —por el hijo de la dama.

Este romance, acaso tenga reminiscencias de un infanticidio que se cometió en Madrid el año 1817 en la calle de las Armas por la propia madre, viuda, cuando supo su hijo que «un mancebo» la requería de amores. Datos de un pliego reimpreso en Badajoz. Imprenta de la Compañía. Año de 1846.

Bibliografía: «*Folklore Guadalcanalense*», ob. citada, págs. 69-71; publicado más tarde por D. Marcelino Menéndez y Pelayo en su «*Antología*», págs. 194-5.

«*Cancionero*», pág. 57, vn. de Santiago de Carbajo (Cáceres), con el título de *El mancebo*.

20

DELGADINA.—I

30.—Villanueva de la Serena (*)

Un rey tenía tres hijas, todas tres como la plata, (1)
 Y la más chiquerretita, Delgadina se llamaba.
 Estando un día comiendo, su padre la remiraba; (2)
 —No me mires, padre mío; no me mires, que me mata.
 —Yo te tengo de mirar; tú has de ser mi enamorada. (3)
 —Nó lo quiera Dios del Cielo ni la Reina Soberana,
 Que del padre que m'engendró he de ser su enamorada. (4)
 —Altos, altos, caballeros; a Delgadina matal-la;
 Si no la queréis matar, encerrarla en una sala,
 Y no darla de comer más que carne e perro asada; (5)
 Y no darla de beber más que zumo de retama.
 Al cabo de unos tres meses, (6) se ha subido a uná ventana
 Y ha visto a sus dos hermanos (7) jugando al juego de caña:
 —Hermanitos, si lo sois, ¡por Dios!, una jarrita de agua, (8)
 Qu'el corazón me lo pide y la vida se me acaba.
 —Bien te la diera yo, prenda; bien te la diera yo, hermana... (9)
 Si padre rey lo supiera, (10) la cabeza nos cortara.
 Al cabo de otros tres meses, se ha subido a otra más alta,
 Y ha visto a sus dos hermanas (11) bordando ricas toalla:

(*) Variantes de Campanario:

- (1) Más hermosas que oro y plata.
- (2) Mucho el padre la miraba.
- (3) —Hija, que has de ser mi esclava.
- (4) Que un padre tenga una hija y quiera sea su esclava.
- (5) No me la déis de comer si no es zumo de retama.
- (6) Han pasado siete días... (El mismo texto en los casos similares.)
- (7) Y ha visto a sus hermanitos...
- (8) ¡Por Dios!, una gota de agua. (Lo mismo en los casos iguales.)
- (9) Te la diera, Delgadina; te la diera como hermana.
- (10) Mas, si padre el rey lo sabe...
- (11) Y ha visto a sus hermanitas...

—Hermanitas, si lo sois, traerme una jarrita de agua;
 Más de sé que no de hambre, a Dios entrego mi alma.
 —Bien te la diera yo, prenda; (etc.)
 Se ha metido para dentro, muy triste y desconsolada;
 Con lágrimas de sus ojos, la sala quedó regada.
 Al cabo de otros tres meses, se ha subido a otra más alta,
 Y ha visto a la reina madre (1) peinando sus ricas cana:
 —Mi madre, por ser mi madre, (2) tráeme una jarrita de agua,
 Que más de sé que de hambre, a Dios entrego mi alma.
 —Nunca te la daré, perra; nunca te la daré, ingrata, (3)
 Que pronto v' a hacer un año que me tienes malcasada.
 Se ha metido para dentro, (etc.)
 Al cabo de otros tres meses, se ha subido a otra más alta,
 Y ha visto a su padre rey (4) sentado en sillón de plata:
 —Padrecito, si lo eres, (5) ¡por Dios!, un jarrito de agua,
 Qu'el corazón me la pide y la vida se me acaba.
 —Yo te la diera, mi hija; yo te la diera, mi amada,
 Si tú hubieras hecho caso cuando yo te lo mandaba...
 ¡Altos, altos, caballeros; a Delgadina traer agua!
 Unos con jarro de oro; otros con jarra de plata; (6)
 Aquel que llegue el primero, la corona le plantara,
 Y aquel que llegue el postrero, la cabeza le cortara.
 Todos llegaron a un tiempo; Delgadina ya expiraba.
 Con una fuente a sus pies, echando borces (?) de agua.
 —Corré, decil-le a mi padre que yo no quiero su agua,
 Que a la cabecera tengo un ángel que me acompaña,
 Y a mis pies tengo una fuente que no deja de manar agua.
 Las campanas de la Gloria, por Delgadina tocaban;
 Las campanas del Infierno, por su padre repicaban.

(1) Y ha visto a su madrecita...

(2) —Madrecita, si lo sois...

(3) Retírate, Delgadina, que me tienes malcasada.

(4) Y ha visto a su padrecito...

(5) —Padrecito, si lo sois...

(6) Que suban mis escuderos con jarros de oro y de plata.

(Aquí termina la versión de Campanario, considerándola incompleta.)

II

31.—Santiago de Carbajo

Un rey tenía tres hijas más hermosas que la plata,
 Y la más pequeña d'ellas, Dergadina se llamaba.
 Estando la Dergadina muy sentadita en su salas,
 Su padre, que estaba enfrente, muy fijo que la miraba:
 —¿Qué me miras, padre mío; qué me miras, que me mata?
 ¿Qué me miras, padre mío? —Hija, no te miro nada;
 Que tú has de ser mi mujer; tus hermanas mis cuñada.
 —No permita Dios del Cielo ni la Reina Soberana,
 Que de una hija tan joven su padre s'enamorara.
 —¡Alto, alto, pajes míos; a Dergadina encerrarla
 En el cuarto más oscuro que se l'encuente a esta casa;
 Y si pide de comer, carne de perro salada;
 Y si pide de beber, el zubo de una retama.
 Han pasado nueve meses y se asomó a una baranda,
 Donde encontró a sus hermanas bordando ricas toalla.
 —Herманas, pol ser mi hermanas, darme un arrito de agua;
 Más os lo pido de sé, que de hambre muerta estaba.
 —Yo te lo daría, prenda, pero de muy buena gana;
 Y si padre lo supiera, la cabeza nos cortaba.
 Dergadina se marchó muy triste y desconsolada;
 Con lágrimas de sus ojos la sala quedó regada.
 Pasan otros nueve meses y se asomó a otra baranda,
 Donde s'encontró a su hermano jugando juegos de caña:
 —Hermano, pol ser mi hermano, (etc.)
 —Yo te lo daría, prenda, pero de muy buena gana;
 Y si padre lo supiera, la cabeza me cortaba.
 Dergadina se marchó, (etc.)
 Pasan otros nueve meses y se asomó a otra baranda,
 Donde s'encontró a su madre peinándose ricas cána:
 —Madre, pol sé usté mi madre, deme usté un arrito de agua, etc.
 —Vete de aquí, mala tuna; vete de aquí, perra mala;
 Que ha seis años y van siete que me tienes malcasada.
 Dergadina se marchó muy alegre y confiada.
 A la vuelta de dos meses, se h'asomado a otra baranda,
 Donde s'encontró a su padre con la baraja de carta:

- Padre, ¡pol sé usté mi padre, (etc.)
 —Te la daré, Dergadina, si me cumples la palabra.
 —La palabra está cumplida, aunque de muy mala gana.
 —Venir aquí, pajes míos; darle a Dergadina agua;
 Unos con jarros de oro y otros con jarros de plata,
 Y el que llegase primero, la corona se ganaba;
 El que llegase detrás, la cabeza le cortara.
 Y ellos, que todos son buenos, unos por otro esperaban...

III

32.—Fregenal de la Sierra (Badajoz)

- Un rey tenía tres hijas, que tres hijas veneraba:
 La mayor se llama Rosa; la del medio se llama Ana;
 La más chiquita de ellas, Delgadina se llamaba.
 Estando un día en la mesa, su padre la remiraba:
 —Padre, ¿qué me mira usté; qué me mira usté a la cara?
 —Te miro, porque, hija mía, has de ser mi enamorada.
 —No lo quiera Dios del Cielo ni la Reina Soberana.
 —¿Onde están los mis criados que yo traje de Granada?
 Me cogen a Delgadina; la encierran en una sala.

 —Y si pide de comer, dale sardina ensalada;
 Y si pide de beber, dale jugo de retama;
 Y si pide de acostar, dale una manta mojada.
 Se ha subido Delgadina en una ventana alta,
 Y ha visto a su padrecito jugando al juego de carta:
 —Padre, si es usté mi padre, deme una gota de agua.
 —Yo te la diera, hijita; yo te la diera, mi amada,
 Que si tu madre lo sabe, desde aquí nos la tiraba.
 Se ha subido Delgadina a otra ventana más alta,
 Y ha visto a sus hermanitas peinando sus ricas canas (sic).
 —Hermanas, si soi hermana, darme una gota de agua.
 —Yo te la diera, mi hermana; yo te la diera, mi amada;
 Que si padre rey lo sabe, la cabeza nos cortara.

 —Cállate, perra judía; cállate, perra marrana;
 Que si tuviera un puñal, desde aquí te lo tiraba.
 (Incompleto.)

IV

33.—Almendral (Badajoz)

Redoblán tenía tres hijas, todas tres como la plata,
 Y la más rechiquetita Delgadina se llamaba.
 Un día, estando comiendo, su padre la remiraba:
 —¿Qué me miras, padre mío? ¿Qué me miras, qué me manda?
 —Que te mando, hija mía, que de mí sea 'namorada.
 —No lo permitan los cielos ni la Reina Soberana;
 Qu'el padre que me dió el ser que de mí s'enamorara.
 —Alto, alto, los criados, a Delgadina matarla;
 Si no la queréis matar, en una sala 'marrarla.
 Si os pide de comer, le dáis carne muy salada;
 Y si pide de beber, el zumo de una retama.
 Pasan días, pasan noches, y Delgadina 'marrada.
 Le apretó tanto la sé... Se ha subido a una ventana,
 Donde estaban sus hermanas bordando ricas toalla:
 —Por Dios os lo pido, hermanas, que me déis un vaso de agua;
 Que no es por la sé que tengo, sino el hambre venturada.
 —Yo te la daría, perla; yo te la daría, hermana;
 Pero ha echao padre un pregón, por Sevilla y por Triana,
 Que al que dé una gota de agua la cabeza le cortara.
 Pasan días, pasan noches, y Delgadina 'marrada,
 Le apretó tanto la sé... Se ha subido a otra ventana,
 Donde estaban sus hermanos jugando juegos d'espada:
 —Por Dios os lo pido, hermanos, (etc.)
 —Yo te la daría, perla; (etc.) *
 Pasan días, pasan noches, (etc.)
 Donde estaba la su madre peinando sus ricas cana:
 —Por Dios te lo pido, madre, (etc.)
 —Quítate de aquí, mal bicha; quítate de aquí, mal mala,
 Que va para siete años que me tienes malcasada.
 Pasan días, pasan noches, (etc.)
 Adonde estaba su padre, sentado en sillón de plata:
 —Por Dios te lo pido, padre, (etc.)
 —Alto, alto, los criados, a Delgadina traer agua,
 Unos con jarros de oro y otros con jarros de plata.
 Los criados, como hermanos, unos por otro esperaban,
 Cuando llegaron con ella, ya no la necesitaba.

Bibliografía: «*Rev. de Extremadura*». *Romances de la Sierra de Gata*, por Berjano, ya cit. año V, página 342.

REV. DEL CENTRO DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS, rev. y año citados, pág. 106, vn. de Puebla de la Calzada, por Manuel Muñoz Cortés.

«*Folklore frexnense*», ob. cit., págs. 125-27, vn. de Zafra, por Sergio Hernández de Soto.

«*Antología*», de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, obra cit., t. X, reproducción del «*Frexnense*».

«*Folklore Guadalcanalense*», págs. 78-82, difundido también por el Sr. M. y Pelayo en su obra ya aludida, páginas 170-1.

«*El Folklore andaluz*», Órgano de la Sociedad de este nombre (Sevilla, 1882-83), vn. de Guadalcanal. Publicada por «*Micrófilo*», págs. 418-20, y que más tarde insertó—con ligeros retoques—en su «*Folklore.....*»

«*Cancionero*», p. 19, ej. de Campanario.

(Continuará.)